
Antoni Puigverd



La hiedra

Aunque los ministerios, las conselleries, las concejalías, aunque todos los estamentos del poder público funcionaran a la perfección, el monstruo de la crisis económica seguiría aquí. La globalización ha dejado al Estado (a cualquier Estado) en calzoncillos. Lejos estamos de los tiempos de Keynes: los poderes públicos no pueden con las corrientes económicas globales. Nadie tiene fuerza para atarlas en corto y domesticarlas. Ni siquiera Obama, ni tan siquiera el omnipotente Estado chino. Necesitaríamos un gobierno mundial. La crisis descubre que el Estado (cualquier Estado) es un enorme elefante: se traga colosales cantidades de dinero y ha desarrollado gigantescas estructuras administrativas, pero no puede resolver el problema principal. Ministerios, conselleries y concejalías ponen algodones y desinfectante en las heridas más graves: intentan evitar que la crisis provoque estallidos sociales. No es poco. Aunque, si nuestro sistema funcionara correctamente, los políticos podrían hacer algo más. Podrían explicar la verdad: como el médico explicando al paciente que no existe tratamiento para su enfermedad. La política confesaría sus límites, pero ganaría en veracidad. Y el Estado podría cumplir sin engaño dos funciones importantes: la fraternal y la protectora.

Pero la crisis económica coincide entre nosotros con un final de ciclo político. Los vampiros de la cosa pública y los patriotas de la cartera ocupan las portadas, mientras los ciudadanos con problemas lidian en silencio, sin esperanza y sin consuelo, contra el infortunio económico. Esto hace que el momento sea triste, feo y desolador. Está agotándose el tiempo que nació con el advenimiento de la democracia. ¿Adónde vamos? Nadie lo sabe. El final es triste especialmente para los que conocieron y compartieron las ilusiones de los primeros tiempos. Feo porque las miserias se mue-

**En la ciudadanía
cunde un sentimiento
nuevo: la soledad
de no pertenecer**

stran sin piedad y sin velos: múltiples casos de corrupción, fosilización de las estructuras políticas y judiciales, ensimismamiento de los partidos políticos, peligroso ascenso de la antipolítica... Y desolador: cada nuevo detalle de la co-

rrupción ofende a los desempleados y a los que sufren para mantener la empresa a flote.

No es extraño que una nutrida colección de aprendices de populista suban estos días alocadamente al escenario. Sus objetivos son transparentes: conquistar un trozo de la tarta pública cultivando el resentimiento o ensalzando en el infierno presente los mejores retratos del cielo. No pocos incautos caerán en estas nuevas redes. Pero en la mayor parte de la ciudadanía cunde un sentimiento nuevo, un profundo alejamiento de lo público. Se trata de algo más que desencanto o desapego. Para definirlo, quizás servirán unas palabras que la novelista Clarice Lispector puso en boca de uno de sus personajes: “una especie de ‘soledad de no pertenecer’ empieza a invadirme, como la hiedra invade el muro”.